

Dios trae la alegría de su salvación para todos los hombres, convirtámonos

Tercer domingo de Adviento
16 de diciembre de 1979

Sofonías 3, 14-18a
Filipenses 4, 4-7
Lucas 3, 10-18

Queridos hermanos:

En el año litúrgico, este domingo toma un nombre que es signo de alegría. Comenzaba el introito, tomando la palabra de San Pablo: *gaudete*; y así se llamaba: el domingo *gaudete*, que quiere decir: “alegraos”. Es una liturgia de alegría y de esperanza la de este domingo. La oración que se ha cantado al principio de la misa pide a Dios poder llegar a los gozos de la gran salvación y celebrarla con fervorosa alegría. Podía decirse que, en este ambiente en que ya circulan las tarjetas de felicitación de Navidad, la Iglesia también nos da su felicitación; pero no en una forma superficial, de conveniencia, de relación social; sino un mensaje que nos lleva a profundizar el porqué de esta alegría; y que aun aquellos que, sin creer en Cristo, ven acercarse la Navidad sienten que algo alegre se acerca al mundo.

La alegría es la que estamos celebrando por la venida de Dios a la historia. Alegría de haber sido los confidentes del Señor, que nos hace conocer su proyecto de salvación para todos los hombres; y nos hace a nosotros, los hombres, objeto y suje-

to de ese proyecto, por nosotros los hombres; y nos llama a nosotros, los hombres, a colaborar con Él en la salvación del mundo.

Por eso, el domingo pasado ya les anticipaba el tema de este domingo bajo el mismo signo de Juan Bautista, a quien el domingo pasado presentábamos como el Precursor y el modelo de todos los hombres que Dios necesita para hacer presente en el mundo su buena noticia de salvación. La Iglesia, la comunidad cristiana, todos seguimos siendo en el mundo precursores de la venida del Señor a salvar al mundo; pero hoy, Juan Bautista se presenta como el educador, el moralista, el predicador que nos va a decir las exigencias morales que requiere en el hombre la aceptación de esa salvación que Dios trae. Es un mensaje, pues, de austeridad, pero al mismo tiempo como condición para una profunda alegría.

Voy a titular, entonces, mi homilía de esta mañana, tercer domingo de Adviento, en esta forma: *Dios trae la alegría de su salvación para todos los hombres, convirtámonos*. Y por eso, los tres pensamientos complementarios de este título serán: primero, Dios ha venido a nuestra historia; segundo, la liberación bajo el signo de la alegría; y tercero, la conversión a Dios, único camino de una alegre y verdadera liberación.

Dios ha venido a nuestra historia

Ante todo, ratifiquemos esta idea que viene siendo la que se celebra durante todo el Adviento, preparatorio de la Navidad: la presencia de Dios en la historia.

El título de esta temporada, Adviento, celebra precisamente el advenimiento, el Dios que viene a los hombres. Era el anuncio de los profetas, que culmina en aquel nombre que Isaías le da al Dios que viene a salvarnos: “Enmanuel”, Dios con nosotros.

El Evangelio presenta, precisamente, a Juan en un momento histórico: “Siendo emperador Tiberio, siendo procurador de Palestina Poncio Pilato”, mencionando a los cuatro tetrarcas y a los pontífices del tiempo; en ese marco histórico-religioso, el Espíritu Santo hizo oír la voz a Juan, hijo de Zacarías, que se crecía en el desierto y de ahí salió por toda la región del Jordán anunciando la venida de Dios: “El reino de Dios ha llegado ya. En medio de vosotros está alguien a quien vosotros no conocéis,

él es grande”. Es la buena nueva que nos ha mencionado el Evangelio hoy en boca de Juan Bautista. Él anuncia la gran noticia: ¡que Dios ha venido! Y esta sigue siendo la gran noticia de los cristianos. El cristiano que no sienta con alegría esa cercanía de Dios en la historia no ha comprendido la esencia de su fe.

Esta es la convicción que nos quiere, también, afianzar la primera lectura. Uno de los profetas nos anuncia ese Dios que viene, que existe no como algo estático, metafísico, un concepto catequístico de Dios; sino que es un Dios vivo, un Dios que se anuncia en la primera lectura de hoy como rey de Israel: “En medio de ti está, ya no temerás. No temas, Sión, no desfallezcan tus manos. El Señor, tu Dios, está en medio de ti, es un guerrero que salva”.

So 3, 15b-17

La idea de Dios en el Antiguo Testamento... Es bueno que en nuestro tiempo —y gracias a Dios así está sucediendo— va librando una idea estática de Dios y nos va ofreciendo un Dios dinámico, un Dios que camina con su pueblo, un Dios que actúa y que inspira a los hombres en sus esfuerzos liberadores, un Dios que no mira con indiferencia el clamor de los que sufren, que, como en Egipto, escucha la esclavitud, el latigazo, la humillación, la marginación; y está dispuesto, en su momento, a enviar un guía, un redentor; está en medio de nosotros. Y esta es la gran noticia que Juan Bautista nos comunica.

En nuestro tiempo, el Concilio Vaticano II, después de habernos cómo Dios se revela en su creación por medio de una naturaleza tan elocuente de la presencia de Dios entre nosotros, envió a su propio Hijo para darnos una revelación más íntima, sobrenatural; y en Cristo, que tampoco vino en una forma estática —solo a contemplar—, sino que vino a meterse en la historia y a salvar la historia y poner el germen de salvación en las historias de todos los pueblos y sembrar su esperanza y su fe en el corazón de todas las razas; ese Cristo es la plenitud de la revelación, es el signo de que Dios está en medio de nosotros amándonos, comprendiéndonos, haciendo suya toda la vivencia de los hombres en cualquier sentido, menos en el pecado, del cual, precisamente, trata de liberarnos para que seamos lo que tenemos que ser. “Dios está con nosotros —dice el Concilio— a través de Cristo para librarnos de las tinieblas del pecado y la muerte, y hacernos resucitar a una vida eterna”.

DV 4

Juan Bautista predicaba tanto esta presencia de Cristo que —nos cuenta el Evangelio— muchos pensaban si no será él

Lc 3, 15

Lc 3, 16 mismo el Mesías que ha de venir; y Juan Bautista supo identificarse: “No, yo no soy. Yo no soy más que la voz que lo anuncia. Yo no soy digno ni siquiera de soltarle la correa de su sandalia. Yo apenas anuncio penitencia para que se preparen a recibirlo; y por eso bautizo, pero con agua, despertando una disposición moral en el corazón. Pero viene alguien que no solo bautiza con agua, sino que va a poner un germen de vida eterna; él bautiza en fuego y en Espíritu Santo y ya está en medido de nosotros”.

Flp 4, 5b La segunda lectura, de donde toma su nombre este domingo, nos exhorta, precisamente, a la alegría porque “el Señor está cerca”. ¿Ven, queridos hermanos, cómo la presencia de Dios en la historia es una tesis sustancial de la Biblia, de la revelación de Dios? Ningún cristiano debe sentirse solo en su caminar, ninguna familia tiene que sentirse desamparada, ningún pueblo debe ser pesimista, aun en medio de las crisis que parecen más insolubles, como la de nuestro país, Dios está en medio de nosotros. Tengamos fe en esta verdad central de la sagrada revelación. Dios está presente, no duerme, está activo, observa, ayuda y, a su tiempo, actúa oportunamente. Por eso, la presencia de Dios despierta en el corazón la verdadera alegría: “Alegraos en el Señor; de nuevo os repito, alegraos, porque Dios está cerca”. Es el gran llamado, de este domingo, hecho por San Pablo no solo a la comunidad de los filipenses, sino a los cristianos de todos los tiempos: Dios está cerca, fuente de alegría.

Flp 4, 4.5b

La liberación bajo el signo de la alegría

Es mi segundo pensamiento: la liberación la ofrece Dios bajo el signo de la alegría, y es la nota típica de este domingo. Cómo quisiera yo, queridos hermanos y todos los que a través de la radio están en este momento de reflexión en la palabra de Dios conmigo, que sacáramos este domingo el sentimiento optimista de la alegría verdadera: “¡Estad siempre alegres en el Señor!”. ¿En qué se basa? En la cercanía de Dios. Dios es alegría, Dios no quiere la tristeza, Dios es optimismo, Dios es posibilidad de todo lo bueno, Dios es omnipotencia para hacer el bien y el amor. ¿Quién puede estar triste con la presencia de un Dios que lo llena todo?

Flp 4, 6

“Nada os preocupe —dice San Pablo—, manifestad esa alegría en oración, acción de gracias, petición de lo que necesita-

mos, reconocimiento de nuestras limitaciones, pero sabiendo que alguien lo puede llenar lo que a mí me falta”. En las crisis de los pueblos, saber que Dios tiene la clave de la historia en su mano y sabrá sacar a flote toda esta tremenda situación de la patria.

Equivale esta alegría a “la paz de Dios que sobrepasa todo juicio y, así —dice San Pablo—, que ella custodie vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”. No es una alegría de mundo, de placeres; las falsas alegrías que los hombres llaman “felicidad” y que no es más que amargura, zozobra, asquerosidad. Es la alegría que produce paz de Dios en el corazón. Alegría que se puede tener aun en medio de las tribulaciones porque es una alegría que dimana de la redención; y la redención se ha hecho con cruz y el dolor del hombre es cruz y que, como cruz, trae redención y debe dar paz; alegría de Pascua, esperanza de resurrección.

Flp 4, 7

No es conformismo porque el conformismo tampoco es alegría. El conformista es un hombre pesimista, un hombre determinista, que cree que todo le viene impuesto de arriba y que él no tiene acción ninguna. Eso es un concepto falso —diría yo—, blasfemo de la voluntad de Dios. El que no quiere salir de su situación de oprimido, de su situación de marginación, creyendo que esa es voluntad de Dios, está ofendiendo a Dios. ¡Dios no quiere la injusticia social! Y el hombre...*.

La alegría debe dar ánimo y debe de ser impulso de acción en el hombre, y cuanto más necesitado y más marginado y más oprimido, tiene que responder no con odio ni con resentimiento, sino con la alegría santa de quien confía en el Omnipotente; como cuando María, perteneciente a un pueblo oprimido bajo el imperio romano, decía con santo optimismo y santa alegría: “Él llena de bienes a los humildes y a los pobres, y despide vacíos a los autosuficientes. Él, si es necesario, derribará del trono a los poderosos y ensalzará a los humildes”. Esta es la santa alegría, la de María, la de la Virgen, la de los verdaderos felices, aun estando junto a la cruz. Sepamos distinguir, pues, esta gran fuerza de Dios que nos da la alegría.

Lc 1, 52-53

Esta alegría debe de ser testimonio frente a toda la humanidad. San Pablo dice: “Que vuestra medida sea conocida por todo el mundo”. Queridos cristianos, nuestra actitud cristiana frente a las situaciones y coyunturas de los pueblos no tiene que confundirse con actitudes revolucionarias que no creen en Dios.

Flp 4, 5a

Tiene que ser la alegría de la esperanza que trabaja aun unido a aquellos que no tienen fe ni esperanza, pero poniéndole un elemento nuevo, no dejándose subordinar, sino impulsando con nuevas motivaciones la lucha de la tierra; que no será eficaz mientras no cuente con esta trascendencia del que da optimismo y alegría y le puede comunicar fermento y fuerza a todas las luchas de la tierra.

Es triste que los cristianos, en vez de ser fermentos de las organizaciones políticas populares, fermentos de cristianismo, impulsos de alegría y de lo sobrenatural, sean tan cobardes que se dejen manipular y pierdan su fe, cuando ellos debían de dar fe a las fuerzas liberadoras del mundo. Yo quiero, hermanos, con este mensaje de este domingo, que de veras recobremos nuestro orgullo santo de ser cristianos y de confiar con optimismo en el Señor y en nuestra fe; y que, desde esa fe, sepamos incorporar a la gran liberación de Cristo la lucha de nuestro pueblo. No estamos contra la lucha prolongada; la tenemos más prolongada nosotros desde hace veinte siglos en que venimos luchando contra todas las tiranías y contra todas las esclavitudes, pero en nombre de aquel que no se conforma con ningún proyecto concreto de la tierra, porque está dispuesto a criticar siempre para dar mejores horizontes a los hombres que de veras quieren a la humanidad y quieren siempre un mundo mejor. Esto lo encontrarán siempre en una fe optimista y alegre como la que profesa nuestro cristianismo.

La primera lectura de hoy es típica para cantar la verdadera alegría del que cree en Dios. El profeta en todo ese capítulo tercero —que yo les recomiendo que lo lean íntegro y no solo el pasaje que se ha leído hoy— describe la tristeza de un pueblo que ha caído en el pecado y ha sido deportado al destierro y está humillado, pero no pierde su optimismo; y comprende que es castigo de Dios lo que está sufriendo y le pide perdón a Dios y se convierte y hay en esa conversión una promesa de salvación. Cuando el profeta anuncia el gran día del Señor, dice: “Ese día no tendrás que avergonzarte de todas esas veces en que me traicionaste, pues de en medio de ti yo arrancaré a aquellos que se jactan de su orgullo y tú no seguirás vanagloriándote en mi monte santo. Dejaré subsistir dentro de ti a un pueblo humilde y pobre que buscará su consuelo y su fuerza solo en Dios. Aquellos que queden de Israel no se portarán injustamente ni dirán más mentiras ni se hallarán en su boca palabras engañosas”.

So 3, 11-13

Por primera vez en la Biblia, el profeta Sofonías nos dice en qué consiste el espíritu de pobreza. Es ese pueblo humilde y sencillo que ha puesto en Dios toda su esperanza; es ese pueblo en el cual ya no están incrustados los orgullosos, los vanidosos, todos aquellos que hacían despreciable al pueblo; es el pueblo seleccionado por el dolor y el sufrimiento que se ha convertido a Dios y que, en medio del pueblo de Israel, constituye ese resto de esperanza.

Queridas comunidades cristianas, ahí está el retrato de lo que tenemos que ser. Unas comunidades en las cuales pongamos toda nuestra confianza en Dios; y de nosotros no participen, en el falso orgullo, aquellos que creen poner sus fuerzas en las cosas de la tierra. La verdadera pobreza es preocuparse preferencialmente por los pobres como si fuera nuestra propia causa; y, por eso, también sentir que uno es pobre y que necesita de Dios la fuerza en todas las situaciones.

De modo que las lecturas de hoy nos esclarecen... Y esto es un tema que en la Biblia lo podemos encontrar abundante, los salmos, los Evangelios: “Alegraos de vuestra recompensa, que será grande en el cielo. En esta tierra tendréis muchas tristezas, pero alegraos porque vuestra alegría nadie os la podrá quitar”. Como quisiera, hermanos —y de veras este sería el deseo más grande de mi mensaje de esta mañana, de alegría y de esperanza—, que decayera de todo corazón el pesimismo, la depresión y que, en cambio, cuanto más oscuro se presente la perspectiva, sintamos más clara nuestra confianza en aquel que todo lo puede.

La conversión a Dios, único camino de la alegre liberación

Y, finalmente, señalo ahora el camino por donde podemos adquirir esa alegre liberación que debe disfrutar ya todo cristiano. Porque quiero decir esto: que el que tiene esta alegría y está liberado interiormente de todas esas depresiones ya es un hombre promovido y está más dispuesto que nadie a trabajar la promoción de todos los demás. Mientras haya un corazón deprimido por el odio, por la venganza, por la violencia esos no son auténticos instrumentos de la liberación que Dios quiere. Son ustedes, queridos cristianos, purificados de su pecado, optimistas en la esperanza, confiados en su pobreza, apoyados en la cruz, los que están ofreciendo al país y al mundo la verdadera salvación, y

ya la disfrutaban, ya son libres. Nadie es tan libre como aquel que no está amarrado a las pasiones y al pecado. Cuanto más grave, cuanto más injusto, cuanto más constituye las estructuras injustas de nuestro pueblo, todos esos encadenados a las coyunturas, es la hora de que, por encima de todo, la fuerza liberadora vendrá de aquí, del Señor.

Lc 3, 4-5 Por eso, el camino no es otro que la conversión. Conversión hacia Dios. Recuerdan el domingo pasado cuando decía, en aquel marco histórico de Palestina, el Espíritu del Señor inspira a Juan Bautista que salga del desierto y vaya a predicar; y decía él que él era la voz del profeta que clama en el desierto: “Preparad los caminos, todo cerro sea allanado, toda hondonada sea terraplenada, todo camino torcido enderécese”. Son imágenes orientales para expresar situaciones morales. Por eso, el Evangelio dice a continuación allí: “Decía, pues, a las multitudes que venían a él de todas partes para que los bautizara: ‘Raza de víboras, ¿quién les ha dicho que evitarán el castigo que se acerca?’. Muestran los frutos de una sincera conversión en vez de pensar: ‘Nosotros somos hijos de Abraham’; porque yo les aseguro que de esas piedras Dios puede sacar hijos de Abraham. Ya llega el hacha a la raíz de los árboles y todo árbol que no dé fruto va a ser cortado y echado al fuego”.

Lc 3, 7-9 Y allí encaja la perícopa que se ha leído en el Evangelio de hoy: “Entonces, le preguntaba la gente: ‘¿Qué hacemos?’. Y él contestó: ‘El que tenga dos túnicas que se las reparta con el que no tiene y el que tenga comida que haga lo mismo’. Vinieron también unos publicanos —eran los cobradores de impuestos, que cometían muchas injusticias— y a estos les decía Juan: ‘No exijáis más de lo establecido’; la corrupción gubernamental corríjase; caminos tortuosos. Unos militares le preguntaron: ‘¿Qué hacemos nosotros?’. Y él les contestó: ‘No hagáis extorsión a nadie, no os aprovechéis con denuncias, contentaos con la paga’”.

Lc 3, 10-14 Y así iba señalando Juan a cada categoría sus propios deberes, la conversión. Y después, a los hombres que de veras se convertían, solo a esos, los llevaba a las aguas del Jordán y los bautizaba. Era un signo de purificación, pero que expresaba una actitud interior. Si un hombre no quería dejar sus malos caminos, no podía bautizarse. Juan Bautista, pues, predicaba y bautizaba, daba un signo de conversión.

Fíjense en esta lectura que hemos hecho. Todos los ambientes buscan la redención. La redención es universal. Dios viene a la historia ofreciendo salvación a todos los hombres. Preciosa aquella plegaria de nuestra misa, la cuarta oración eucarística, que dice: “Dios tiende su mano para que la encuentre todo el que la busca con sincero corazón”. No es necesario, a veces, haber conocido el cristianismo. Los que no lo pudieron conocer pero, en sus religiones paganas, buscan con sincero corazón la honradez, el servicio al Dios entendido a su modo, Dios los está salvando. Quién sabe si dentro de nuestra Iglesia no existe la fe y la búsqueda de Dios como existe, tal vez, fuera de los límites de nuestra Iglesia. Gracias a Dios, tenemos gente muy santa en nuestra Iglesia; y cuando yo rezo en la eucaristía: “No te fijes en mis pecados, sino en la fe de tu Iglesia”¹, pienso en tantos corazones anónimos, pobrecitos, sencillos, que son la fuerza de nuestra Iglesia. Pero esta mañana estamos comprendiendo cómo a Juan, signo de la predicación de la Iglesia, se le busca de todas partes, todos los ambientes llegaban a él. Y se han mencionado dos ambientes bien difíciles, cuando se tiene en cuenta la historia de Israel: los publicanos, los militares.

Los publicanos eran hombres despreciables, en otro aspecto, igual que las prostitutas, gente de la cual no se tenía como honor acercarse a ellos, al contrario. Y a estos seres marginados moralmente, Juan les enseña que también para ellos hay camino de salvación; y Cristo decía un día: “Pueda ser que los publicanos y las prostitutas entren al reino de los cielos y no vosotros, los fariseos hipócritas, que hacéis consistir la religión en apariencias; y en vista de que sois los buenos, despreciáis a los demás, que son los malos”. ¡Quién sabe quién es más malo y más bueno ante la presencia de Dios!

También los soldados. Cuántos dicen hoy: “Nada bueno se puede esperar de los militares”. Yo creo que aquí está un reto, en el Evangelio de hoy, para saber que no hay hombre condenado en vida y que para todo hombre, por más malo que haya sido y por más lastre que haya llevado, existe un llamamiento de Dios llamándolo a conversión. Y es una esperanza cuando surge, de la misma podredumbre, un brote de buena voluntad. Y es señal de

Mt 21, 31

¹ *Misal romano*, Rito de la paz.

que un pueblo no ha sido perdido del todo cuando hay siquiera una chispita de salvación en medio de las crisis más oscuras del pueblo.

Por eso, hermanos —y esto no está siendo apoyo a ninguna opción política, sino simplemente el llamamiento de Juan que deja acercarse también a los soldados para decirles lo que tienen que hacer si de veras quieren entrar en el reino de Dios—, Juan no se vende a nadie. La Iglesia no se vende a nadie. La Iglesia está comprometida solo con el reino de Dios y exige las exigencias del reino de Dios a todo aquel que se le acerca; no debe rechazar a nadie si la busca con sincero corazón.

Y llamaba Juan a todos y les exigía un compromiso personal de justicia. La conversión es algo personal, así como el pecado también es algo personal; y solo tiene que purificarse un hombre cuando el hombre mismo se arrepiente y busca los caminos de la justicia. No bastan mensajes y proclamas de buena voluntad. Juan solo bautizaba a los hombres que, de verdad, habían roto con el pasado. Y de aquel pasado, del que rompía la conversión exigida por Juan Bautista, se encontraron muchos en el grupo de los apóstoles del Señor. La Iglesia ha nacido de pecadores, no lo olvidemos, queridos cristianos. La Iglesia es santa porque lleva el espíritu de Dios que la anima, pero es pecadora y está necesitada de conversión porque la componemos nosotros, los hombres mal inclinados y, a veces, con un pasado que, tal vez, nos avergüenza; pero que, una vez que nos hemos convertido, tratamos, ¡tratamos! de seguir al Señor. No es que ya lo sigamos con perfección, pero el esfuerzo de seguirlo hace el verdadero discípulo de nuestro Señor Jesucristo.

Pablo escribía a los romanos: “El que mentía, ya diga la verdad; el que robaba, póngase a trabajar”. Cómo podíamos continuar estas frases de San Pablo: el que era malo puede comenzar a ser bueno y será feliz; la felicidad que no encontró robando ni extorsionando ni haciendo el mal, torturando; todo ese pasado no podía dar felicidad ni podía ser solución de la patria. Conviértase, y encuentra que la felicidad es colaborar con amor por el bien de todos.

Lc 3, 11

La conversión lleva a compartir: “El que tenga dos túnicas dé al que no tiene y el que tiene qué comer participe aunque sea de lo poquito que tiene”. Esto es una sociedad solidaria, es la que la Iglesia promueve, preocupada por dar a todos lo nece-

sario y no aceptar ciegamente la diferencia nacida del dinero o de la fuerza. “No abusen de la gente” —decía Juan Bautista— y la Iglesia repite: “No abusen”. No hay hombres de dos categorías. No hay unos que han nacido para tenerlo todo y dejar sin nada a los demás; y una mayoría que no tiene nada y que no puede disfrutar la felicidad que Dios ha creado para todos. Esta es la sociedad cristiana que Dios quiere: en que compartamos el bien que Dios ha dado para todos.

Lc 3, 13

¿Creen ustedes, hermanos, que es cristiana la actitud de algo que me llegó cuando venía hoy a misa, un telegrama?: “Ruégole, en homilía domingo, como defensor de la justicia, ataque el pecado de usura según el Evangelio. A un matrimonio, empleado público, por 300 colones, un abogado les ha embargado en cuatro años, a pesar de haber descontado 2,564 colones y no quiere atender a las súplicas de retirar el embargo”. Esto es infernal, cuánta conversión se necesita en todo esto*.

La conversión será duradera y profunda si somos capaces de criticar nuestra falsa manera de ver el mundo y a los hombres. Quiero insistir en esto, hermanos, porque yo creo que lo que hoy más necesita un salvadoreño maduro es sentido crítico. No estén esperando hacia dónde se inclina el obispo o qué dicen otros o qué dice la organización. Cada uno debe ser un hombre, una mujer crítica. Por sus frutos se conoce el árbol. Miren qué produce y critiquen, de acuerdo con las obras, al Gobierno, a la organización política popular, al partido político, al grupo tal. ¡No se dejen llevar, no se dejen manipular! Son ustedes, el pueblo, el que tiene que dar la sentencia de justicia a lo que el pueblo necesita*. No es... Por eso, cada uno tiene que ver al mundo con sus propios ojos y tiene que prescindir del ambiente en que se encuentra. Yo pienso: ¡cuántas pobres empleadas tienen que pensar como piensan sus señoras! No tiene que ser así, tiene que pensar libremente. Y así se manipulan muchedumbres, porque se les tiene cogido del hambre a mucha gente.

Hay que saber criticar y ver al mundo y a los hombres con criterios propios y un cristiano tiene que aprender a afinar sus criterios cristianos. El rico tiene que criticar en su propio ambiente de ricos: el por qué de sus riquezas y por qué a su lado hay tanta gente pobre. Si es un rico cristiano, ahí encontrará el principio de su conversión, en una crítica personal: ¿por qué yo

rico y por qué a mi alrededor tantos hambrientos?*. El esposo infiel se convertirá y será un esposo modelo cuando tome conciencia de su machismo y por qué no es capaz de tener con su esposa unas relaciones de adulto maduro cristiano*.

Lo que yo quiero decir con todo esto es que no vivamos de lo que dicen los otros, que no vivamos del ambiente. La conversión que Juan Bautista pide era a cada hombre. ¿De dónde vienes?, ¿del ejército? Pues, si quieres entrar en el reino de Dios, tú piensa en esto y conviértete al Señor. ¿De qué grupo vienes?, ¿de los publicanos?, ¿de las rameras? No importa, comienza a ver al mundo con tus ojos de hijo de Dios y no sigas haciendo lo que estás haciendo. Hermanos, ¡a cuántos está perdiendo el pecado del ambiente, que está privando a los hombres de su propio criterio! ¡Y a cuántos está llevando a sospechar de otros, hasta del obispo, porque creen² que piense como ellos o ellos pensar como el otro! No, yo les ofrezco aquí unas reflexiones a la palabra de Dios con el fin de que cada uno de ustedes asimile y, desde su propia personalidad, actúe como cristiano, si de verdad quiere hacer honor a la fe que profesa y no ser víctima del manipuleo ni del ambiente.

Otra característica de la conversión de Juan: que no solo es personal, sino que va buscando una renovación social. No basta la conversión de un publicano, de un soldado, de un borracho. Hay que descubrir la red de complicidades que permite el hecho de la prostitución a gran escala. ¡Si es que ya se ha hecho un sistema! Y cuando se dice quiénes son los dueños de ciertos moteles y ciertas casas de prostitución, se queda horrorizado*. A veces, los mismos puritanos que condenan la inmoralidad del pueblo están formando parte de ese sistema de corromper al pueblo en borracheras y en prostituciones*. La conversión que Juan pide es —traducida a términos modernos— que cada hombre descubra el circuito económico que nace del alcoholismo. ¡Qué vergüenza que hasta el mismo Estado tiene que ser cantinero, vendeguero para poderse sostener!*. En esta hora de revisiones, los encargados de la economía del país debían de sanear las fuentes de nuestra economía y no permitir que el pobre pueblo, para aportar a la economía del país, tenga que enve-

² Así se escucha en la reproducción magnetofónica, es probable que quiso decir: “[...] porque *quieren* que piense como ellos”.

nenarse comprando guaro, mientras se deja sin impuestos otras cosas que podían venir a sustituir esas fuentes ya podridas de ingreso al país*.

Una verdadera conversión cristiana hoy tiene que descubrir los mecanismos sociales que hacen del obrero o del campesino personas marginadas. ¿Por qué solo hay ingreso para el pobre campesino en la temporada del café y del algodón y de la caña? ¿Por qué esta sociedad necesita tener campesinos sin trabajo, obreros mal pagados, gente sin salario justo? Estos mecanismos se deben descubrir, no como quien estudia sociología o economía, sino como cristiano, para no ser cómplices de esa maquinaria que está haciendo gente cada vez más pobre, marginados, indigentes*.

Solo por este camino de conversión, se podrá encontrar la verdadera paz en la justicia. Por eso, la figura de Juan Bautista en pleno Adviento es la figura de la Iglesia y la figura de la comunidad cristiana que, lejos de andar buscando soluciones por proyectos de venganzas y violencias, busca en la raíz el verdadero mal de nuestra sociedad, en el pecado; y busca una conversión que redunde también en conversión del pueblo, no de cada individuo solamente. Y Juan Bautista, cuando al predicar todo esto decían: “¿Será él el Mesías?”, Juan decía: “No, yo no soy más que un simple precursor; yo bautizo en agua”. Es un rito nada más para expresar la interioridad del hombre. Pero así como el agua una vez que se escurre deja seco y como antes al hombre, también esta actitud moral, si no es perseverante, solo será conveniencia y, a veces, oportunismo. Como hoy las cosas políticas van por ese lado son los más morales de la población, pero si después cambian las cosas ¿volverán a cambiar ellos? Ahí tienen los medios de comunicación social prestándose al manipuleo y al sostenimiento de un pecado de injusticia social que no se puede defender con nada*.

Por eso, la Iglesia apoya todo aquello que fomenta el cambio estructural. No se queda allí, naturalmente, porque la Iglesia ha dicho, en la voz de Pablo VI: “Cambiar estructuras sin cambiar los corazones de los hombres es simplemente poner las nuevas estructuras al servicio de nuevos pecados”. Lo que se necesita es el hombre nuevo —decía Medellín— y para tener un continente nuevo no basta cambio de estructuras, sino cambio de corazones. Esta es la pretensión que yo tengo, queridos

Lc 3, 15-16

M 1, 3

hermanos, como pastor. Yo no estoy defendiendo aquí, en una u otra coyuntura, el estar bien o el estar mal con el Gobierno o con tal o cual categoría. Lo que estoy tratando es de iluminar cualquier coyuntura que sea con la palabra de justicia del Señor y exigir a todos los sistemas, a todos los partidos, a todas las organizaciones, a todos aquellos que de veras aman el bien del país que se conviertan y, desde la perspectiva de una conversión evangélica, sepan dar al pueblo la medicina que ese pueblo necesita*.

Vida de la Iglesia

En este ambiente, pues, este mensaje del Evangelio de hoy —cuyos tres pensamientos he desarrollado a mi manera y, espero, con la comprensión de todos ustedes—, veamos la vida de nuestra Iglesia para ver si de verdad va por estos caminos del Precursor, anunciando el reino de Dios y alegrémonos; o si hemos desviado el sentido de nuestra comunidad, mi pensamiento cristiano se habrá, tal vez, mezclado con ideas de la tierra no solo para iluminarlas, sino porque me han influenciado ya mi modo de pensar, es hora de conversión, es hora de purificación, es hora de ser, como Juan Bautista, la voz clara que anuncia al que ha de venir a salvar al mundo. En este ambiente, les ofrezco las noticias de nuestra Iglesia y ustedes juzguen por qué caminos marcha nuestra Iglesia.

Desde Bélgica recibí un telegrama de monseñor Rivera y monseñor Urioste que, como ustedes saben, fueron a representar a la arquidiócesis invitada en Holanda para promover una colecta que allá se hace a beneficio de los pueblos del tercer mundo. Honor para nuestra arquidiócesis haber sido el vocero de esta promoción*. Brevemente, el telegrama dice: “Gira solidaridad muy positiva. Hoy almorzamos reunión episcopado holandés pleno”. Con todos los obispos de Holanda, tuvieron el honor de compartir esta gira de solidaridad.

Quiero agradecer al periódico *El Independiente* que, el 8 de diciembre, dedicó su edición a nuestros seis sacerdotes asesinados con un título muy sugestivo: “Predicaban la verdad y por eso los mataron”*. Una página se llenaba con las fotografías de los sacerdotes y el editorial estaba dedicado a ellos. Yo quiero agradecer este gesto de solidaridad que mucho nos anima y

lamentar que el señor director de *El Independiente*, don Jorge Pinto hijo, se encuentra bastante mal de salud en un centro hospitalario de esta ciudad. Que Dios le conceda pronto su salud. Aprovecho para agradecerle también el envío constante de su servicio de información.

Me refiero también, aquí, a la vida de varias comunidades que me han expresado, para consuelo mío, un testimonio de solidaridad, de adhesión firme a la línea del arzobispo y lamentan que “haya comunidades que se hagan cómplices de sus adversarios secundando la duda, interpretando su actitud como una opción política”. Cuánto consuelo me da esto porque jamás he pretendido yo llevar en mi línea pastoral una opción política, sino, simplemente, una opción pastoral que ilumine a todas las comunidades. Y me ha dado mucho gusto, pues, que muchas comunidades han expresado su sintonía y su comprensión con su obispo.

Más aún me ha conmovido lo que dijo cierta comunidad: “Su servicio a este reino de hermanos es de tales dimensiones que resulta difícil criticarlo responsablemente; sin embargo, ese es el feliz riesgo que han corrido quienes tratan de anunciar el reino de Dios, ayudar a crecer a sus hermanos cristianos animándolos a ser corresponsables del reino de Dios propuesto por el Señor. Su radicalidad cristiana nos ha mostrado claramente una cosa: el reino de Dios se hace avanzar solo con la radicalidad de Cristo”, etcétera*.

También me dio mucho gusto esta carta porque viene de un miembro del Bloque Popular Revolucionario, quien me escribe: “Yo lamento cuando escuché la noticia de que usted no fue admitido por el Bloque cuando ofreció cierta mediación. Lo he sentido y ofrezco trabajar con usted hasta que terminemos de solucionar estos problemas; porque también, con toda valentía y fuerza de mi alma, estoy dispuesto a ayudarle a que se termine nuestro camino. Yo estoy dispuesto y consciente que usted y yo estamos trabajando por una justicia tan integral de Dios y le recomiendo a usted, con toda mi fuerza, que sea como siempre nos ha dicho; siga luchando por una justicia que libere a todo nuestro pueblo de la injusticia social y espiritual”, etcétera*.

Es muy aleccionadora para mí esta carta porque —lo que dije en mi cuarta carta pastoral— siento, como pastor, que tengo un deber para con las organizaciones políticas populares. Aun cuan-

do ellas desconfíen de mí, mi deber es defender su derecho de organización, apoyar todo lo justo de sus reivindicaciones; pero así, también, quiero mantener mi autonomía para criticar todos sus abusos de organización, para delatar y denunciar todo aquello que ya significa una idolatría de la organización; y llamarlos, en cambio, a un diálogo en que busquemos entre todos. Las fuerzas organizadas son poderosas en una sociedad y lo pueden todo cuando son capaces de dialogar, pero también disminuyen las fuerzas cuando son fanáticas y no quieren más que su propia voz³. La palabra del arzobispo, pues, no es una oposición sistemática a las organizaciones, y me da gusto cuando uno de ellos reconoce en qué puntos caminamos juntos para saber comprender, también, las diferencias cuando la Iglesia no esté de acuerdo.

Las religiosas de pastoral parroquial tuvieron sus ejercicios espirituales y, al terminar, escribieron una carta muy bonita de la cual tomo este pensamiento: “Es maravilloso constatar que estando insertas en el pueblo es como podemos colaborar con usted para que lleve a cabo su misión y siga adelante; y es esta fuerza la que enriquece también nuestra espiritualidad”.

Hablando de religiosas, las dominicas de la Anunciata, que trabajan en El Salvador en el colegio de Fátima, en la escuela Masferrer de Santa Tecla, en la obra de promoción de Santa Tecla y en las escuelas San Martín de Porres, Quezaltepeque y Suchitoto, han tenido la visita de su superiora general, han celebrado su capítulo provincial, han reelegido como provincial a la madre Nieves; y hay mucho entusiasmo en una congregación que ha dado mucho a la Iglesia y promete dar mucho más. Nuestras felicitaciones.

Dos religiosas belgas de Quezaltepeque, que sufrieron un accidente grave, todavía se encuentran en la Policlínica. Hacemos votos para que pronto vuelvan a la salud y a sus trabajos en la parroquia de Quezaltepeque.

Las mercedarias eucarísticas celebraron, como otras congregaciones, sus ejercicios espirituales, que son una temporada de renovación en este tiempo de las vacaciones de sus actividades educacionales.

³ Cfr. *Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país*, Cuarta carta pastoral de monseñor Óscar A. Romero, arzobispo de San Salvador (6 de agosto de 1979), 49-50.

Las oblatas del Sagrado Corazón tuvieron fiesta de veinticinco años de consagración, tres religiosas y cincuenta años de vida fiel, una oblata secular, a la que mucho estimamos y a quien le deseamos mucha felicidad.

Por las comunidades, Cursillos de Cristiandad celebró una tanda de cursillos para señoras y, esta semana, otra para hombres en la diócesis de Santiago de María. Que Dios haga florecer cada vez más este encuentro de tantos hombres y mujeres con el Señor.

En la parroquia de la Divina Providencia, colonia Atlacatl, una bonita primera comunión. Los padres redentoristas, las eucarísticas y los catequistas merecen toda felicitación.

En el cantón El Espino, de San Pedro Perulapán, también una bella fiesta de la Inmaculada, organizada por su párroco, padre Solórzano, y sus colaboradores, muchos laicos que ya llevan avanzada la ermita de aquel cantón.

La colonia Delicias, del Calvario de Santa Tecla, celebró la fiesta de Guadalupe el 11, por la noche. En cambio, el propio día 12, la colonia Guadalupe de Soyapango y la parroquia del Dulce Nombre de María, donde fui a compartir las alegrías de estas fiestas populares, que me hicieron constatar lo que dice Puebla acerca de la devoción a María: que forma parte de la identidad de nuestro continente latinoamericano y que, gracias a María, nuestro pueblo trae la historia de nuestra patria a iluminarla con la fe de nuestra Iglesia. Ocasiones bellas, pues, que hay que mantener, como también fue la de Suchitoto con su fiesta de Santa Lucía y su iglesia repleta de fieles.

En el Centro Ana Guerra de Jesús, donde se hace muy buena promoción de las señoras del mercado, hubo una convivencia especial ayer por la tarde.

Quiero avisar que los jóvenes tienen una cita para el día 22 y 23 de diciembre, o sea, el próximo sábado por la tarde, toda la noche y amanecer el domingo, aquí en catedral, donde recibirán sus ministerios varios jóvenes seminaristas. La convivencia posiblemente sea en San José de la Montaña. Al fin de la misa, un seminarista les informará mejor.

Esta tarde estaré... perdón; el próximo martes, en San Laureano, de Ciudad Delgado; en Quezaltepeque, el 19, donde celebran a San José; y en Santo Tomás, el 21, donde celebran como patrono a Santo Tomás.

Quiero avisarles que la edición de homilías ha terminado su primer ciclo, el año litúrgico, y se puede conseguir, pues, la colección completa en la venta de material de pastoral.

En la *YSAX*, hay programas muy buenos, donde los pueden ver en la edición de *Orientación* de esta semana. También les recomiendo la difusión de nuestro periódico, *Orientación*. Es gesto de ser buen católico colaborar a difundir los medios de nuestra Iglesia.

Agradece a su amigo Jesús —así lo llama— su salud recuperada la señorita Evelyn Verónica López. Y encomienda una oración especial en esta misa la señora Clotilde Pineda de Mejía.

Y quiero hacer de mi parte un llamamiento también. Me he informado que la Cruz Roja está en situación muy difícil económicamente, y todos aquellos, pues, que saben el bien que hace esta institución harían bien en ayudarle para que no vaya a suprimirse una institución de tanto bien para nuestro pueblo.

Levantando nuestra mirada a los horizontes mundiales, me ha dado gusto leer en el periódico que la influencia de la Iglesia católica se hizo sentir este año. Y, al mencionar, junto a la actitud maravillosa del papa Juan Pablo II, que la Iglesia asumió un papel mucho más activo en la solución de los grandes problemas latinoamericanos, se mencionan la Iglesia en Nicaragua y en El Salvador, donde los arzobispos se pronunciaron abiertamente contra los regímenes autoritarios de esos países*.

La jerarquía episcopal que se reunió en Manila dejó también una expresión de sentir más la obligación de compartir su misión de Iglesia identificándose con los pobres*; y, con humildad, confiesan y se arrepienten de la incongruencia entre las palabras y los actos que hizo que la Iglesia tuviera en Asia la reputación de no estar apasionadamente preocupada por los derechos de los pobres ni comprometida con su liberación total de la injusticia y la opresión. En esta mañana en que hemos hablado de conversión, quisiéramos también para todos los miembros de nuestra Iglesia esa conversión, hacia los pobres, con sinceridad*.

Un dato también glorioso de nuestra Iglesia: que terminó con mucha fama sus días en este mundo el famoso obispo de Norteamérica, monseñor Fulton Sheen. Más de ochenta años de edad, cargado de méritos, ha ido a recibir su recompensa del Señor. Oremos por él.

El Papa instó a los obispos del Ecuador a que iluminen los desafíos que plantean las desigualdades desorbitadas de las riquezas, diciéndoles que, ante estos desafíos, han de dar una orientación y respuesta desde el Evangelio, siguiendo la tradición de los grandes principios de la enseñanza social de la Iglesia⁴.

Hechos de la semana

Y, en vez de darles yo esta mañana un conjunto de hechos —que han abundado tanto en esta semana—, yo quiero, más bien, cumplir esta recomendación del Papa a los obispos del Ecuador, apoyando el acto principal de esta semana.

Sin duda... Y en torno de él voy a tratar de mencionar los otros hechos, que la Iglesia también tiene que iluminar en su historia. Sin duda, el hecho central de esta semana ha sido el anuncio de la reforma agraria^{5*}. Esta promesa ha despertado gran expectativa entre la mayoría de la población: los trabajadores del campo; y también mucho temor y hasta agresividad en la pequeña minoría poderosa: los grandes latifundistas.

Con respecto a esta medida gubernamental y las diversas reacciones que ha suscitado, a mí no me toca pronunciarme desde un punto de vista técnico, económico. No opino, pues, de las ventajas o riesgos económicos que una reforma agraria presupone o sobre el método que se debería seguir. Eso no me toca a mí, no soy técnico. Pero sí es mi deber decir mi punto de vista, como pastor, a partir del plan de Dios sobre los bienes de la tierra.

Primero, la realidad de los trabajadores del campo. No cabe duda que es muy dolorosa y alarmante la situación de los trabajadores del campo. Los últimos datos, proporcionados por el mismo ministro de Agricultura, deben hacer reflexionar no solo a los que directamente tienen que ver con este problema agrario, sino a todos los salvadoreños. Según las notas, ustedes las oyeron, el 67% de madres campesinas da a luz sin ninguna asis-

⁴ Cfr. Alocución de Juan Pablo II en la visita “ad Límina Apostolorum” de los obispos de Ecuador (11 de diciembre de 1979), *L'Osservatore Romano*, 23 de diciembre de 1979.

⁵ Cfr. “Presentación del ministro de Agricultura y Ganadería, Enrique Álvarez Córdova, en la cadena de radio y televisión, el 11 de diciembre de 1979”, *La Prensa Gráfica*, 14 de diciembre de 1979.

tencia médica —suplico que no anden vendiendo durante la misa—; 60 de cada mil niños que nacen en el campo mueren; solo el 37% de las familias campesinas tienen acceso a fuentes de agua; el 73% de los niños campesinos están desnutridos; el 50% de la población rural no sabe leer; más de 250,000 familias rurales viven en viviendas de una sola habitación, siendo que el número es —término medio— cinco, seis miembros⁶.

Esta escandalosa situación que sufren nuestros hermanos campesinos en gran parte se explica cuando se cae en la cuenta de la injusta y desproporcionada distribución de la tierra que aún existe en el país. Según los datos del mismo ministro, por una parte, el 99% de los propietarios poseen apenas el 51% de toda la tierra; quiere decir que casi todos se distribuyen la mitad de todo El Salvador; y, en cambio, ni un 1%, un 0.7% de los propietarios poseen el 40% de la tierra⁷; y, ciertamente, esta tierra es la de mejor calidad.

CS 71 ¿Cuál es la postura de la Iglesia en este momento? Ya la determinó el Concilio Vaticano II. Me cabe la satisfacción de que estas cosas que yo predico siempre tienen el respaldo del magisterio solemne de la Iglesia: “En muchas regiones —dice el Concilio— económicamente menos desarrolladas, existen posesiones rurales extensas y aun extensísimas mediocrementemente cultivadas o reservadas sin cultivo para especular con ellas, mientras la mayor parte de la población carece de tierras o posee solo parcelas irrisorias y el desarrollo de la producción agrícola presenta caracteres de urgencia. No raras veces los braceros o los arrendatarios de alguna parte de esas posesiones reciben un salario o beneficio indigno del hombre, carecen de alojamiento decente y son explotados por los inmediatarios⁸. Viven en la más total inseguridad y en tal situación de inferioridad personal que apenas tienen ocasión de actuar libre y responsablemente, de promover su nivel de vida y de participar en la vida social y política. Son, pues —dice el Concilio—, necesarias las reformas que tengan por fin, según los casos, el incremento de las remuneraciones, la mejora de las condiciones laborales, el aumento

⁶ Cfr. *Ibíd.*

⁷ Cfr. *Ibíd.*

⁸ intermediarios.

de la seguridad en el empleo, el estímulo para la iniciativa en el trabajo; más todavía, el reparto de las propiedades insuficientemente cultivadas a favor de quienes sean capaces de hacerlas valer. En este caso, deben asegurárseles los elementos y servicios indispensables, en particular los medios de educación y las posibilidades que ofrece una justa ordenación de tipo cooperativo. Siempre que el bien común exija una expropiación, debe valorarse la indemnización según equidad, teniendo en cuenta todo el conjunto de las circunstancias”.

De modo que la transformación que ahora se proyecta en El Salvador está respaldada por el Concilio Vaticano II. Más claro todavía —porque es más moderno— el pensamiento de Juan Pablo II cuando habló en Oaxaca. Fíjense las frases del Papa a los campesinos de Oaxaca: “El mundo deprimido del campo, el trabajador que con su sudor riega también su desconsuelo, no puede esperar más a que se reconozca plena y eficazmente su dignidad, no inferior a la de cualquier otro sector social. Tiene derecho a que se le respete, a que no se le prive —con maniobras que a veces equivalen a verdaderos robos— de lo poco que tiene, a que no se impida su aspiración a ser parte en su propia elevación. Tiene derecho a que se le quiten barreras de explotación, hechas frecuentemente de egoísmos intolerables y contra los que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción. Tiene derecho el campesino a la ayuda eficaz —que no es limosna ni migajas de justicia— para que tenga acceso al desarrollo que su dignidad de hombre y de hijo de Dios merece. Para ellos, hay que actuar pronto y en profundidad. Hay que poner en práctica transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes. No puede olvidarse que las medidas a tomar han de ser adecuadas. La Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios les ha dado. Y si el bien común lo exige, no hay que dudar ante la misma expropiación*, hecha en la debida forma”⁹.

⁹ Discurso de Juan Pablo II a los indígenas y campesinos, en Oaxaca (29 de enero de 1979), *L'Osservatore Romano*, 11 de febrero de 1979.

No quiero cansarlos con más citas, pero yo traía aquí también señalada la cita del Papa en Puebla, la cita del episcopado guatemalteco, del episcopado hondureño y varios textos de Medellín que respaldan plenamente la necesidad y la obligación de una transformación agraria en nuestro país¹⁰.

A quienes quieren tildar de comunismo esta medida, yo quiero recordarles también —y por no abusar de su tiempo no les leo— la carta pastoral de los obispos de Nicaragua, donde tienen un apartado, que a mí me parece sumamente original, sobre el socialismo: “Se oye expresar, a veces, el temor de que el presente proceso se encamine hacia el socialismo y se nos pregunta qué pensamos”¹¹. Y los obispos dicen lo que piensan: “Hay una clase de socialismo que no se puede tolerar porque no es evangélico ni cristiano; pero hay una clase de socialismo que no contradice en nada, sino que, más bien, es la realización de un Evangelio de justicia social en el mundo”¹². Pueden leerlo, pues, y les recomiendo mucho esa aquilatación sobre el socialismo que hoy es un problema muy actual en nuestro ambiente también. Esa es la doctrina de la Iglesia.

Quiero preguntarme ahora ante ustedes: ¿cuál es la postura de la arquidiócesis? Ya la conocen. No puede ser otra que la de tratar de aplicar esa postura general de la Iglesia, señalando los derechos y obligaciones a los distintos protagonistas de esta transformación agraria.

En primer lugar, quiero decir que por defender esta línea de la arquidiócesis, que es la línea de la Iglesia, han sufrido y tendrán que sufrir muchos que traten de identificarse con este pensamiento. Tal es el caso del padre De Sebastián, con cuyos conceptos sustanciales la arquidiócesis está plenamente de acuerdo

¹⁰ Las documentos a que se refiere monseñor Romero son los siguientes: Discurso de Juan Pablo II al inaugurar la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Puebla (28 de enero de 1979), *Unidos en la esperanza*, Mensaje del episcopado de Guatemala (25 de junio de 1976), *Sobre el desarrollo del campesinado en Honduras*, Carta pastoral colectiva del episcopado de Honduras (8 de enero de 1970), Medellín, *Justicia*, 14. Cfr. *Manuscritos de los esquemas de las homilias de monseñor Óscar A. Romero*, Oficina de la causa de canonización de monseñor Óscar A. Romero, Arzobispado de San Salvador.

¹¹ *Compromiso cristiano para una nueva Nicaragua*, Carta pastoral de la Conferencia Episcopal de Nicaragua (17 de noviembre de 1979), *ECA* 374 (1979), pp. 1104-1105.

¹² Cfr. *Ibíd.*

y lamenta que, por defender intereses egoístas, se le haya tratado de ofender y de crear antecedentes para una posible amenaza más grave¹³. Pero en lo sustancial, repito, el padre De Sebastián está en la línea pastoral de la arquidiócesis en cuanto al asunto que estamos tratando. Puede contar, pues, plenamente con el respaldo de nuestra arquidiócesis.

Refiriéndome al Gobierno y a las Fuerzas Armadas, que no cree en el pueblo falsas esperanzas. Si han prometido una reforma agraria, realícenla, a pesar de las reacciones de esa minoría de dos mil latifundistas dueños del 40% de la tierra. No se dejen intimidar*. Mucho menos vayan a dejarse sobornar. El dinero es poderoso y allí se cuentan millones*. Un peligro positivo — yo lo señalo porque puede ser también una frustración para nuestro pueblo—: no se dividan, únanse cuando la lucha es dura y cuando no se deben de buscar, en el interior del Gobierno, ventajas políticas. No están allí para pelear por el poder, sino para defender al pueblo*. No es que la Junta tenga derecho a hacer una transformación agraria, itiene obligación de hacerla!*. La palabra de Juan Pablo II es todo un lema: “Que se les quiten a los campesinos y a los pobres las barreras de la explotación”¹⁴.

También me parece importante que el actual Gobierno realice las reformas no como un regalo que la Junta da al pueblo para ganarse su apoyo. La reforma agraria es una conquista que el pueblo ha merecido con su sangre derramada*. Por eso, decimos a las organizaciones que estimamos sus luchas reivindicativas y que en todo eso están en esa larga lucha, que no la han iniciado ellos, sino la Iglesia desde hace veinte siglos, para traer al mundo una justicia más grande*. Deben, pues, hacer sentir al pueblo que no es un regalo que se les hace para que permanezcan pasivos, sino que es el fruto que han logrado porque han empezado a estar activos y a participar más en el proceso económico y político del país*.

La Junta de Gobierno no ha iniciado un proceso, sino que tiene que incorporarse a un proceso que ya lo llevaba el pueblo*. Y este es el gran anhelo: que pueblo y Gobierno se entiendan para sus justas reivindicaciones. Siempre lo dijimos así en el

¹³ Cfr. *La Prensa Gráfica*, 12 de diciembre de 1979.

¹⁴ Cfr. Discurso de Juan Pablo II a los indígenas y campesinos, en Oaxaca (29 de enero de 1979), *l.c.*

anterior Gobierno: el problema no está entre la Iglesia y el Gobierno, sino entre el Gobierno y el pueblo, y la Iglesia está con el pueblo*.

También, que la reforma agraria no debe de hacerse con la intención de encontrar una salida al modelo económico capitalista que permita continuar su desarrollo y seguir acumulando y concentrando las riquezas en pocas manos, ahora desde el sector industrial, comercial o financiero. Tampoco debe hacerse para volver a adormecer al campesino e impedir que siga organizando y aumentando su participación política, económica y social. La reforma agraria no debe hacer a los campesinos dependientes del Estado, sino que debe dejarlos libres ante el Estado*. Hoy, más que nunca, si el Gobierno quiere ganarse la confianza del pueblo tiene que vigilar mucho con esas reliquias de represión que todavía se están sintiendo en varias partes. Que vigile mucho. Sabemos que elementos de ORDEN y de otros oficialistas no quieren secundar —si es que sinceramente se está ofreciendo al pueblo— un respiro de libertad y se están viviendo episodios de represión oficial en algunas partes.

Finalmente, la reforma agraria salvadoreña debe tener una perspectiva amplia. No solo orientarse a la redistribución de tierra, sino de los recursos sociales. Que haya para todos los campesinos y pobres: médicos, escuelas, hospitales, electricidad, agua, etcétera*. En una palabra, lo que el concilio dijo tan hermosamente: “El desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres”.

GS 64

También me quiero dirigir, en este momento y en este asunto tan grave y delicado, a los sectores económicamente poderosos, que van a ser afectados por la reforma agraria. Quiero dirigirme a ustedes, queridos hermanos, no como juez ni como enemigo, sino como pastor y como salvadoreño hermano de todos los salvadoreños. Me interesa invitarlos a que caigan en la cuenta de la responsabilidad tan grande que tienen, en estos momentos, de colaborar a que la crisis económica, política y social del país sea superada sin acudir a la violencia. Esas demostraciones de tiroteos y, sobre todo, el temor que se tiene —si es que no es verdad¹⁵— de que la derecha está ingresando armas al país y va a

¹⁵ Así lo dice monseñor Romero claramente; sin embargo, pensamos que la frase tiene más sentido si omitimos el adverbio de negación: “si es que es verdad”.

pagar mercenarios. No es así como se defiende un bienestar. Quiero recordarles lo que Medellín dice a este respecto: “Si retienen celosamente sus privilegios y, sobre todo, si los defienden empleando ustedes mismos medios violentos, se hacen responsables ante la historia de provocar ‘las revoluciones explosivas de la desesperación’* —son todavía palabras de Medellín dirigiéndose a la oligarquía—. De su actitud depende en gran parte el porvenir pacífico de los países de América Latina”* . A través del clamor del pueblo salvadoreño, a través del intento de reforma agraria, a través de estos signos de los tiempos, Dios les está llamando, como ha llamado este domingo por la voz de Juan Bautista: “Al que tiene dos túnicas que dé al que no tiene y el que tiene que comer dé al que no tiene”* .

M 2, 17

Lc 3, 11

En estos días nos ha dado ejemplo la madre Teresa de Calcuta, quien fue a recibir el premio Nobel de la Paz. Renunció al banquete de gala con que debería haberse celebrado aquella entrega, y dedicaron los treinta mil dólares, que iba a costar una comida, para gastarlo en servicio de los pobres de la India^{16*}. Ahora reflexionamos con la mente de la Madre Teresa: ¡Qué insulto es para el mundo que se gaste en el banquete de una noche lo que puede servir para cuatrocientas personas en un año!^{17*}.

Queridos hermanos, poderosos de lo económico, es probable que en estos momentos, ante la amenaza de una reforma agraria, haya en ustedes desánimo, temor y quizá odio, y hasta la decisión de oponerse por todos los medios posibles a que se lleve a cabo esa reforma. Probablemente, hay algunos que aun prefieren destruirlo todo, dañando radicalmente la economía del país, con tal de no compartirlo con quienes por muchos años se han aprovechado de su fuerza de trabajo^{17*}.

La Iglesia, que les ha servido tanto, les dice hoy: este es el momento de manifestarse como cristianos generosos y de amar como Jesús nos ha amado, el cual, “siendo rico, se hizo pobre por nosotros”* . Recuerden que el llamamiento de Puebla a la opción preferencial por los pobres no es una demagogia para sembrar distinción de clases ni lucha de clases. Puebla lo dice

2 Cor 8, 9

¹⁶ Cfr. *La Prensa Gráfica*, 11 de diciembre de 1979.

¹⁷ La frase es más clara si la leemos así: “[...] con tal de no compartirlo con las jornaleras y jornaleros, de quienes por muchos años se han aprovechado de su fuerza de trabajo”.

Mt 25, 40

claramente: “Es un llamamiento a todas las clases sociales para tomar como propio el problema de los pobres que es el problema de Jesús, que va a decir en el juicio de nuestra vida: “Todo lo que hagás con uno de ellos, conmigo lo haces”¹⁸. Su experiencia productiva, sus talentos, que, en parte, les han permitido acumular tanta riqueza, continúen desarrollándolos; pero ahora no solo en beneficio de ustedes mismos, sino de toda la colectividad salvadoreña*.

M 2, 18

Por otra parte, también quiero dirigirme a los trabajadores del campo que aún no están organizados y que, más bien, se inclinan a permanecer pasivos en esta coyuntura tan decisiva; a los que se contentan con esperar para ver si les toca la oportunidad de beneficiarse con esta reforma; a los que quieren ser solo expectadores, a ver cómo el Gobierno cumple sus promesas; a todos ustedes les recuerdo también lo que dice Medellín en el documento de *Paz*, número dieciocho: son también ustedes responsables de esta situación. “Son, también, responsables de la injusticia todos los que no actúan en favor de la justicia con los medios de que disponen, y permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz. La justicia y, consiguientemente, la paz se conquistan por una acción dinámica de concientización y de organización de los sectores populares, capaz de urgir a los poderes públicos, muchas veces impotentes en sus proyectos sociales sin el apoyo popular”^{*:}.

Yo me solidarizo con la esperanza del señor ministro de Agricultura, que confía en que el campesino ha dejado de ser silencioso y va a defender sus derechos por tanto tiempo negados, es decir, va a defender el proceso de reforma agraria y no se va a permitir^{*:} que este proceso se desvíe, no lo va a permitir, promoviendo nuevas formas de dependencia, opresión o explotación del campesino¹⁹.

Otra palabra quiero decir a los miembros de las organizaciones políticas populares y, también, militares, organizaciones populares militares. Durante esta semana, se han intensificado las luchas reivindicativas; y los grupos armados, por lo menos algunos, han realizado acciones militares violentas y parece ser

¹⁸ Cfr. *Mensaje a los pueblos de América Latina*, 3.

¹⁹ Cfr. “Presentación del ministro de Agricultura y Ganadería....”, *l.c.*

que están forjando un ejército popular. La Iglesia, en Medellín, reconoció el derecho que tienen de presionar y urgir a los poderes públicos, pues muchas veces sin estas presiones son impotentes para realizar los proyectos sociales. Más aún, en este momento en que hay también un sector interesado en frenar la reforma agraria, las organizaciones tienen especial responsabilidad de presionar para que se realice y sea en beneficio de los más necesitados*; pero no deben de hacerlo por métodos violentos armados. Medellín reconoce que el “poner su esperanza en la violencia, ante la gravedad de la injusticia y las resistencias ilegítimas al cambio [...], encuentra, frecuentemente, su última motivación en nobles impulsos de justicia y solidaridad”. Pero deben considerar —como dice también Medellín— que “el conjunto de las circunstancias de nuestro país, la enorme dificultad de la guerra civil, los males atroces que engendra, la preferencia del cristiano por la paz, debe llevarlos a colaborar para que el progreso del pueblo concientizado y organizado se ponga al servicio de la justicia y de la paz”.

M 2, 19

M 2, 19

La postura de la arquidiócesis, con respecto a las luchas y justas exigencias de estas organizaciones, será la misma que Pablo VI dijo: “Trataremos de ser capaces de comprender sus angustias y transformarlas no en cólera y violencia, sino en energía fuerte y pacífica de obras constructivas”.

M 2, 19

No aprobamos los asesinatos que esta semana se han realizado. Mucho menos el repugnante acto de Guazapa²⁰. Aquella población está horrorizada. No se hagan justicia ustedes mismos, urjan al Gobierno para que la realice, como es su obligación. Pero el que derrama sangre de hermano por propia cuenta sepa la sentencia del Señor: “El que a hierro mata a hierro muere”; y que la sangre del asesinado clama al cielo.

Mt 26, 52

Gn 4, 10

También quiero referirme en este momento a las fuerzas de presión que se han querido ejercer en el campo de los algodoneros. Un llamamiento, de parte de varias personas que trabajan en ese sector, para que agilicen el diálogo entre la parte patronal de algodoneros y el Bloque²¹ a fin de dejar cauce al trabajo que el pueblo necesita.

²⁰ Léase *Nejapa*, en lugar de Guazapa. Cfr. *La Prensa Gráfica*, 15 de diciembre de 1979.

²¹ Bloque Popular Revolucionario.

También en el mercado hemos sido solicitados para decir una palabra, a fin de que agilicen, también, un diálogo que normalice pronto la vida donde se ganan el sustento tantas familias de nuestro pueblo: el mercado.

Tengo también una súplica especial, de parte del Cuerpo de Paz, en favor de una señorita que está entre los rehenes en el mercado de San Jacinto. A las Ligas Populares 28 de Febrero, les invito cordialmente a que traten de realizar, con las autoridades respectivas, un arreglo para esta situación tan embarazosa.

Acerca de una intervención en el secuestro del señor Batlle, quiero decir que, de mi parte, tengo siempre la buena voluntad de hacerlo; pero tampoco seré ingenuo en creer cualquier comunicado. Identifíquense debidamente y, de mi parte, haré todo lo que pueda por volver el don de la libertad a alguien que se le ha quitado injustamente.

También, la carta de agradecimiento de parte de la familia Hill, acerca del secuestro del señor Jaime Hill Argüello: “Queremos expresarle nuestro agradecimiento por su gesto ante la situación por la que pasa nuestro hermano. Él es ahora víctima de una injusticia y de una amenaza y, por eso, usted ha salido en su defensa. Nuestro hermano fue secuestrado el 31 de octubre de este año. No pretendemos dramatizar sentimientos, pero usted podrá comprender perfectamente los momentos que viven nuestros padres, la esposa e hijos de nuestro hermano, y que vivimos todos los que le queremos”. Así es, y, otra vez, en nombre de esta familia, lo mismo que los familiares de los otros secuestrados, quiero suplicar —como decía el Papa en Irlanda²²— de rodillas, si es necesario, para que devuelvan la libertad a esos seres hermanos nuestros y la tranquilidad a esos queridos hogares.

Por último, quiero referirme también, en este aspecto, a los cristianos y, en especial, al sector del clero y de las religiosas y de los religiosos. Queridos hermanos, en estos momentos que estoy pidiendo a todos los salvadoreños a que participen en una más justa redistribución de las riquezas y recursos, me parece importante que nosotros, los sacerdotes y los religiosos y religiosas, sin meternos en instancias que no nos corresponden, en comunión con el obispo, iluminemos al pueblo desde el Evange-

²² Cfr. Homilía de Juan Pablo II en Drogheda, Irlanda (29 de septiembre de 1979), *L'Osservatore Romano*, 7 de octubre de 1979.

lio y la enseñanza auténtica de la Iglesia sobre los derechos y deberes que le impone la hora actual; y, también, nosotros revisemos cómo debemos redistribuir nuestros ingresos y recursos al servicio del pueblo.

“¿Qué tenemos que hacer?”, preguntaban a Juan Bautista. También nosotros tendríamos que preguntar al Precursor: ¿qué tenemos que hacer para que los sacerdotes que trabajan en zonas pobres tengan las mismas posibilidades que los que trabajan en las zonas ricas; para que haya, proporcionalmente, el mismo número de sacerdotes y servicios pastorales para los cristianos que viven en el campo y en la ciudad? Como dice Medellín: “La situación presente exige de obispos, sacerdotes, religiosos y laicos el espíritu de pobreza que, ‘rompiendo las ataduras de la posesión egoísta de los bienes temporales, estimule al cristiano a disponer orgánicamente la economía y el poder en beneficio de la comunidad’. La pobreza de la Iglesia y de sus miembros en América Latina debe ser signo y compromiso. Signo del valor inestimable del pobre a los ojos de Dios; compromiso de solidaridad con los que sufren”.

Lc 3, 10

M 14, 7

Espero que continuemos haciendo esfuerzos para que lleguemos a vivir el ideal sugerido por Medellín a los religiosos cuando les dijo “que podamos cada vez más hacer participar de nuestros bienes a los demás, especialmente a los más necesitados, compartiendo con ellos no solamente lo que sobra, sino lo necesario, y dispuestos a poner al servicio de la comunidad humana, los edificios y los instrumentos de sus obras”.

M 14, 16

El mensaje de este domingo es mensaje de alegría. Que no nos quite la alegría la necesidad de esta austeridad. No puede haber alegría profunda sin una cruz de austeridad. Y yo creo que nuestro pueblo, que sabe sonreír, que sabe ser feliz, que no tiene por naturaleza inclinaciones a resentimientos y odios, sino cuando los envenenan, este pueblo aprenderá a sonreír, será verdaderamente alegre cuando se realice una verdadera transformación que —como dice San Pablo— saque de la esclavitud del pecado una naturaleza que Dios la hizo para compartir con todos sus hijos. Así sea*.